



MERCANCÍA DE PRIMERA NECESIDAD

Dios es el Bien sumo, la Bondad infinita y eterna. De Dios sólo pueden brotar cosas buenas. Es la bondad inmutable y eterna. De nadie ha recibido su bondad, las criaturas, en cambio, son buenas porque las ha creado Él comunicándoles su bondad. El sol que ilumina, la tierra que produce sus flores y sus frutos, el mar, el cielo, las estrellas, todas las obras de Dios son buenas, repite el libro del Eclesiástico.

El gran honor que Dios ha hecho al hombre es que no sólo lo ha creado bueno, sino que ha querido que lo sea por el libre ejercicio de su libertad, para que sea Señor y dueño de la bondad que ha puesto en él. Si el hombre atendiera a los impulsos interiores de su corazón y desarrollara de este modo la bondad que hay dentro de él sería un santo. La bondad de Dios

es capaz de sacar el bien del mal.

Dios ha creado el mundo y el hombre para comunicar su bondad. No nos necesita, pero ha querido que haya en todas las criaturas algo de su amor.

Las páginas de la historia, las biografías de los hombres famosos, las plazas de nuestras ciudades están llenas de alabanzas o de monumentos a los que creemos grandes. Serían muy pocos si esto se dijera o hiciera únicamente a los hombres de bien. Nos quedaríamos sólo con los santos que en su mayoría ni llenan las páginas de la historia, ni se les levantan monumentos. La bondad se deja ver. Se manifiesta si te alegras con la alegría ajena o te produce dolor el dolor de tu prójimo. La bondad se demuestra haciendo felices a los demás. En esto nunca el hombre es demasiado bueno.

La bondad es mercancía de primera necesidad. El mundo sin hombres buenos sería un infierno. La bondad se ejercita en las pequeñas cosas de cada día, pequeños detalles pueden hacer feliz al otro, pequeños detalles le pueden hacer sufrir. En realidad es fácil ser buenos. Desgraciadamente en lugar de honrar al hombre bueno la sociedad lo aparta con insidias y mentiras. El mundo es bello porque existe el bien, porque hay hombres buenos. No todos ven esto porque sólo las almas grandes saben lo que hay de hermoso en la bondad. La bondad es la manifestación de la bondad divina en el hombre.

La poesía es, quizás, el lenguaje menos indigno para hablar de Dios, porque Dios es poesía.

EL PAN NUESTRO CON MANTEQUILLA

Había en una escuela católica una niña, Helena, sumamente pobre, pero cuya fe confiadísima era la admiración y el consuelo de las Hermanas que la dirigían. La madre de Helena era una viuda con seis hijos, sumamente pobre, tanto que no podía darse el lujo (baratísimo) de comprar mantequilla para su familia. Helena sentía grandísimos deseos de tener mantequilla para comer su pan, y hacía tiempo que no tenía ese gusto.

Estando junto a Helena, empezaron a reír varias niñas, con disgusto de la Hermana, quien se acercó a ver qué pasaba, y una niña le dijo:

-Figúrese, Hermana, que Helena reza un Padrenuestro muy chistoso. La buena Hermana abrió tamaños ojos, sorprendida. La chiquilla continuó: -Cuando rezamos el Padrenuestro, Helena dice «El pan nuestro CON MANTEQUILLA dánosle hoy...»

La Hermana, que sabía lo pobre que era Helena y, por otra parte, conocía su profunda piedad, sonriendo le dijo:

-Helena, bien está que le pidas al Niño Dios MANTEQUILLA, pero no lo digas en voz alta, pues las otras niñas se ríen.

Helena prometió no decirlo otra vez en voz alta, pero en privado siguió con gran fe repitiendo su petición de «el pan nuestro con mantequilla dánosle hoy».

Pocos días después de esto, la madre de Helena se quedó sorprendida de encontrar a la puerta de su pobre casa, junto con la botella de leche que llevaba el lechero por las mañanas, un paquete dirigido a su hijita Helena. Llamó a ésta y le preguntó lo que era. Helena tomó el paquete, lo pulsó, lo olió y dijo contentísima.

-La mantequilla que le he pedido al Niño Dios.

En efecto, eran dos libras de «muy buena mantequilla». Y desde aquel día, cada semana aparecía un paquete igual, que Helena llamaba MANTEQUILLA DEL NIÑO DIOS. Su oración había sido escuchada, sin que Dios hubiera tenido que hacer ningún milagro... Una de las compañeritas de Helena había contado a su mamá la historia de «el pan nuestro con mantequilla dánosle hoy», y la buena mamá se propuso hacer con la pobrecita niña el papel de Providencia. Se informó del nombre y de la dirección de la chiquita, y dio orden a su lechero que cada semana, por la mañana temprano, entregara en aquella casa el paquete de mantequilla, encargando que fuera de la mejor calidad.

Dios oye nuestras oraciones, aunque le pidamos «golosinas» o cualquier otra niñería... El es nuestro Padre.

TANTO EL DOLOR FÍSICO COMO EL SUFRIMIENTO MORAL NOS AYUDAN A MADURAR SI NO NOS AMARGAMOS

NO SEAS DURO CONTIGO MISMO

El trabajo es una parte integrante de la vida. Quien ama el trabajo encuentra en él alegría y gratificación, ya sea ideándolo o realizándolo mediante el esfuerzo físico. El trabajo libera del círculo del egoísmo. Realizar algo es saludable. Un buen resultado en el trabajo estimula las facultades. Pero el trabajo no resulta beneficioso si llega acaparar y a condicionar toda la vida. No resulta beneficioso sobrecargarse de trabajo de manera permanente. Hay quienes desconocen todo lo que no sea trabajo y nunca encuentran tiempo para el descanso ni para la vida de relaciones sociales. El exceso permanente de trabajo perjudica mucho. Algunos podrían exhibir su situación de estrés casi como un carnet de identidad. Pero la verdad es ésta: el estrés es casi siempre señal de inadaptación a uno mismo. De nada sirve tratarse con dureza, exigirse y llegar a acostumbrarse al exceso de trabajo. Quien es excesivamente duro consigo tiene mucho peligro de endurecerse también con los demás. Intenta detectar las raíces de tu estrés y crear los dispositivos adecuados para el remedio.

A.G.

JUAN DE SAHAGÚN

Juan González de Castrillo (1430-1479) hijo de hidalgos leoneses, nació en Sahagún, y pronto por la mansedumbre de su carácter se le vio más inclinado a la piedad que a las armas; se educó en la abadía benedictina del lugar y luego fue paje del obispo de Burgos, el famoso converso Alonso de Cartagena, quien le ordenó de sacerdote, le hizo canónigo y le colmó de beneficios eclesiásticos.

A los veinte años, avergonzado por tantos privilegios y honores, renunció a todo para hacerse simple párroco en Santa Gadea, de allí pasó a estudiar en la universidad de Salamanca, y en esta misma ciudad decidió que sería agustino.

En Salamanca fue muy popular por su talante risueño, su predicación (se le llamaba «el fraile gracioso»), la pureza de su vida y su espiritualidad; sus misas eran interminables -nadie quería ser su monaguillo- porque en la Hostia se le aparecía Cristo y dialogaba con Él, olvidándose de los fieles.

Pero en el púlpito hablaba con una libertad y una audacia que le valieron numerosos enemigos; denunciando los abusos de los grandes señores o poniendo paz en las banderías sangrientas que desgarraban Salamanca, se ganó muchos odios, y en diversos lugares como Alba de Tormes se atentó contra su vida.

Se le atribuyen infinitos milagros (hacer cesar una epidemia de peste, salvar a un niño caído en un pozo, resucitar a una niña) y según parece murió envenenado en Salamanca por una mujer que había jurado vengarse cuando fray Juan convenció a su amante para que rompiera sus relaciones con ella.

EL HERMANO RAFAEL

Les diría que lo que me llama más la atención de Rafael Arnaiz, el hermano Rafael es lo limpia, lo luminosa, lo cordial, lo próxima a nosotros que resulta su santidad. El hermano Rafael fue radicalmente un hombre de nuestro tiempo y, radicalmente un santo. No abdicó ni de su condición de hombre ni de su mentalidad de hijo de nuestro tiempo para hacerse santo.

Me impresiona su alegría, su constante buen humor, el gozo que respiran todos sus escritos, especialmente los de la Trapa, cuando ya ha decidido entregarse enteramente a Dios.

Me impresiona su juventud. Y no me refiero a la cronológica que fue evidente, puesto que murió a los 27 años, sino esa otra juventud interior: la anchura de su corazón, la vitalidad de su alma, la ausencia de egoísmo en todos sus planteamientos.

Me impresiona el radicalismo con el que vive el «sólo Dios basta» de Santa Teresa. Aún resuenan en mis oídos las palabras del hermano Rafael:

«En el monasterio pasan los días. ¿Qué importa? Sólo Dios y yo... Vivo aún en la tierra rodeado de hombres. ¿Qué importa? Sólo Dios y yo... Y, al mirar el mundo, no veo grandezas, no veo miserias, no veo las nieves, no distingo el sol. El mundo se reduce a un punto y en el punto hay un monasterio, y, en el monasterio, sólo Dios y yo».

Pero aún me impresiona más cómo sabe unir ese «sólo Dios» con el amor a sus hermanos los hombres:

«Ante Dios, lo demás es secundario. Pero muchas veces lo secundario es necesario para tener paz y amar a Dios. » «Si el mundo supiera lo que es amar un poco a Dios, también amaría al prójimo. Al amar a Jesús, forzosamente se ama lo que Él ama. » «Ese es el apostolado del trapense, pedir por los que no piden y amar a Dios por los que no le aman. »

Y me impresiona también la ternura de su cariño a María. «La Virgen desde el cielo nos mira, ve nuestras faltas y miserias. Pero, si al mismo tiempo ve nuestro amor, todo lo barre.» «Hoy, día de la Inmaculada, no se puede estar triste. Excuso decirte el alborozo que habrá en el cielo. ¡Quién estuviera allí!» «Si no os hablo de Dios y de la Virgen, ¿de qué queréis que os hable? No sé otra cosa, ni me interesa otra cosa. »

Y me impresiona finalmente su amor a la cruz, el alegre coraje con que vivió su enfermedad y su joven muerte.



JLMD